

Tomás García Yebra

DESMONTANDO A CELA

 **Ediciones Libertarias**

ÍNDICE

Prólogo	11
Primer acto (El planteamiento).....	19
El cadáver	21
El plagio.....	25
Las huellas	29
La presunta canallada	33
Marina, indignada.....	37
Umbral, su gran defensor	41
Otros defensores	47
El proceso judicial	51
Segundo acto (El nudo)	61
Los cuernos de don Camilo	63
En los archivos de Interviú.....	71
El censor	81
Los represaliados	91
Los “negros”	97
Frente a frente.....	103
El autoplagio.....	113
El Nobel.....	119
El hombre anuncio.....	123
Una vida contradictoria	129
Ella.....	131
Tercer acto (El desenlace)	139
Pascual Duarte	141
Viaje a la Alcarria	149

La colmena	155
Reportajes	159
Artículos	165
La Fundación	169
El garrote de Puig Antich	177
Epílogo	181
La muerte	183
El entierro	189
El funeral	193
Entrevista a Cela Conde	197
Adiós.....	205
Apéndice	207
Silva de varia lección	209
Bibliografía	243
Índice Onomástico	247

PRÓLOGO

Hay un viejo consejo literario que no todos los escritores cumplen y que dice así: "Escribas lo que escribas, no aburras". Tomás García Yebra tiene bien aprendida la lección. Pocas veces ha llegado a mis manos un libro tan entretenido y, a la vez, tan demoledor. Lo leí de dos sentadas. En algunos pasajes reí, en otros sonreí y, de cuando en cuando, me sorprendió la despreocupada naturalidad con la que este periodista relata lo que ha alcanzado a conocer de la vida y milagros de Cela. Hay frases que no suenan a frases, sino a puñetazos directos a la mandíbula. Cela, Marina Castaño, Paquito Umbral, Luis Racionero, la editorial Planeta..., van bien servidos. El mejor parado, al final, es el propio Cela, al que el autor enaltece por sus muchos méritos literarios.

Con todo, lo importante de esta obra no es lo que se cuenta (y se cuentan muchas cosas), sino cómo se cuenta. Un tono de respetuosa distancia, más en consonancia con la tradición anglosajona que con la hispana, y un sentido del humor que me atrevería a calificar de satánico, constituyen las principales credenciales de Yebra.

La historia de este prólogo comenzó una mañana, cuando el autor apareció en mi casa para entrevistarme con motivo de mi tercer tomo de memorias, 'La flor y nata'. Después de la conversación me comentó que estaba escribiendo un libro sobre CJC y me pidió consejo

sobre el título. De los sugeridos hubo uno que me cautivó: 'Desmontando a Cela'. Yebra había pensado 'Desmontando a Cela a mamporrazos', pero le aconsejé que suprimiera los mamporrazos. Parece que me ha hecho caso.

Sentí curiosidad por lo que estaba escribiendo y le pedí el manuscrito. Nada más leerlo ultimé dos artículos para 'La Vanguardia' que aparecieron publicados en los meses de abril y junio de este año. Estos textos, de los que a continuación hago un extracto, resumen mi impresión sobre el libro y sus protagonistas.

"Querida Charmion –comenzaba mi artículo 'El síndrome Castaño'– acabo de leer de un tirón el libro de Tomás García Yebra– nada que ver con el don Valentín de Lombillo de los Barrios– que saldrá publicado con un prólogo mío a la vuelta del verano. Es dinamita pura apenas atemperada por un luciferino sentido del humor y unos diálogos telegráficos que lo dicen todo aparentando no decir nada. No es ni mucho menos un ataque al gran autor de 'Viaje a la Alcarria', ya que Yebra es un rendido admirador del fallecido Nobel, aunque esté de acuerdo conmigo en que los suecos habrían acertado con mayor justeza otorgando el premio a Delibes. Pero qué van a saber los suecos...

"Yebra sólo trata de establecer en su libro la abismal diferencia entre el Cela anterior a la marisabidilla de cuyos enjuagues financieros se ocupó debidamente la revista 'Tiempo' del 11 de marzo pasado y el Cela, ya vetusto, del que se llegó a decir que para escribir 'La cruz de San Andrés' echó mano de una novelita de una escritora gallega. El libro consta de una serie de cortos y enjundiosos capítulos –'La canallada', 'Las huellas',

‘El autoplagio’, ‘Los negros’, ‘El hombre anuncio’— hasta llegar a la traca final, ‘Ella’.

“Ella, Marina Castaño, tuvo sin saberlo una incidencia fatal en mi último matrimonio. Una mañana, recién enterrado Cela, mi mujer, la vasca del Rhesus negativo, fascinada por los malabarismos crematísticos de la marisabidilla, me dijo: ‘En el fondo yo debería de ser para ti lo que la Castaño ha sido para don Camilo’. Sentí que se me erizaba el vello de los antebrazos. Poco después del siniestro enterramiento del Nobel, al airearse en la prensa los tejemanajes testamentarios de la pareja, la que era todavía mi mujer cayó víctima del síndrome Castaño. Solapadamente, pero sin tregua ni descanso, comenzó a hacerme preguntas que nunca me había hecho antes. ‘Oye, esas fincas que queréis vender en Barcelona ¿dónde están exactamente? ¿Cuántas hectáreas tienen y cuánto valen?’ También se interesaba por saber el nombre del notario en el que tengo depositado mi testamento. Un agobio. Ante mis repetidos silencios, añadía, alterada la voz: ‘Supongo que ahora que estás casado conmigo cambiará el orden de los herederos ¿verdad?’. Como le hice saber, exasperado, que sólo había un heredero y que no se trataba de ella, comprendí por su ofuscada reacción hasta qué punto había caído en ella el síndrome Castaño”.

En el otro artículo de ‘La Vanguardia’ —titulado ‘Un cadáver exquisito’— escribí lo siguiente:

“Querida Charmion: por fin ha llegado completo encima de mi mesa ‘Desmontando a Cela’, el libro de Tomás García Yebra del que ya tenía leídas un centenar de páginas que me subyugaron. En esta segunda parte, Yebra dedica bastante espacio a analizar los textos de

'Cela: un cadáver exquisito', el último libro de Paquito Umbral a propósito de nuestro célebre premio Nobel. Calificar de exquisito el cadáver de Cela habría soliviantado a Josep Pla, que era muy mirado en cuestión de adjetivos. El cadáver de Cela podía ser monolítico, ingente, desorbitado, aunque Pla lo hubiera calificado seguramente de 'considerable', una palabra que usaba con sumo cuidado. Pero de exquisito nunca, ni muerto.

"En este artículo quiero dejar constancia de lo que pienso de Francisco Pérez Martínez, más conocido como Umbral. Es un cronista a veces maravilloso, un escritor de mediocre interés y un personaje humanamente deleznable. Alfonso Ussía al que yo admiro por sus valientes imprudencias debe de pensar algo parecido cuando escribe, refiriéndose a Umbral, que 'la peor deslealtad es la que procede del resentimiento social'. Dime a quién envidias y te diré quién te gustaría ser. De ese resentimiento social que reconcome al vallisoletano nacido en la Ribera de Curtidores, he tenido muchas y fehacientes pruebas. A mí, como a Tomás García Yebra y probablemente también a Ussía, nos cuesta comprender que Paquito, tan amigo y tan deudor de Cela, no dijera en vida todo lo que después le escupió a la espalda una vez muerto.

—Umbral —escribe Yebra— habló mucho de su amigo en sus columnas y siempre en forma elogiosa, cuando no babosa.

"¿Por qué, nos preguntamos ahora, cambia tan brutalmente la orientación de las palabras una vez muerto el amigo?

—Porque Cela vivo —contesta Yebra— le servía a Umbral para muchas mercaderías. Entre otras para ganar

el Cervantes, para intentar sentarse en la Real Academia Española y quién sabe si para tantear a los suecos del Nobel. Pero Cela muerto sólo le sirve para fagocitárselo y rendir la digestión. Se come además la parte comestible. Con sumo cuidado aparta lo demás —lo que sabe y calla— no sea que le salpique/implique y se envenene. Marina Castaño tiene razón en algo: 'Umbral jamás se habría atrevido a publicar este libro en vida de Cela'.

"Y no se habría atrevido —añado yo— porque sólo los cobardes y los ruines son capaces de arrodillarse complacientes ante una gloria que les quita el sueño, antes de destruirla".

José Luis de Vilallonga